

IVAN SERGUEIEVICH TURGUENEV

MUMU

IVAN SERGUEIEVICH TURGUENEV

Pertenecía a una rica familia de la nobleza rusa. Nació en Orel, el 9 de noviembre de 1818. Su madre era autoritaria, despótica. En la finca donde pasó su infancia, Turguénev fue testigo de los malos tratos de que eran víctimas los siervos. Niño aún, se juró luchar contra el régimen de servidumbre. Recibió de preceptores particulares la primera instrucción. En 1833 ingresó en la Universidad de Moscú. Desde 1834 prosiguió sus estudios en Petersburgo y más tarde (1838-40) en Berlín. Al regresar a Rusia, quería hacerse profesor de filosofía, pero el Gobierno ruso había cerrado las cátedras de esta disciplina en las Universidades, y Turguénev se dedicó por entero a la literatura. En 1847 publica el primero de los «Relatos de un cazador», que le dan gran fama, pero despierta las suspicacias de la policía, por ser un alegato contra la servidumbre. En 1852, por un artículo necrológico dedicado a Gógol, sufre un mes de arresto y luego año y medio de destierro en su finca de Spassk. Viajó mucho por el extranjero, fue gran amigo de la familia Viardot (la esposa del crítico, historiador e hispanófilo Louis Viardot fue la célebre cantante Paulina García) y fijó su residencia en Francia, aunque realizó frecuentes viajes a Rusia.

En 1863 fundó una escuela en la aldea donde había pasado su niñez. Hizo mucho para dar a conocer la literatura rusa en Europa occidental. Murió el 3 de septiembre de 1883, en Bougival, cerca de París.

Turguénev fue poeta, crítico — dedicó un profundo estudio al Quijote —, autor de dramas y comedias; pero debe a sus relatos y novelas su fama inmortal. Entre 1847 y 1852 escribe los «Relatos de un cazador». En 1855 publica su primera novela, «Rudin». Le siguen: «Nido de hidalgos» (1859), «La víspera» (1860), «Padres e hijos» (1862), su obra cumbre, novelas, todas ellas, consagradas a los problemas más candentes de la vida rusa. Todas provocaron apasionadas polémicas, tanto entre los críticos como entre los lectores. Sus dos última novelas fueron «Humo» (1867), en la que critica a la alta aristocracia que soñaba con volver al régimen de servidumbre anterior a 1861, y «Tierras vírgenes» (1870), sobre los intelectuales que buscaban entre el pueblo adeptos a sus ideas. Escribió muchas novelas cortas y relatos, entre los que figuran «Mumu» (1852), «El rey Lear de la estepa» (1870) y «El reloj» (1876), incluida la primera de ellas en la presente colección. De «Mumu» dijo Galsworthy que nunca se ha escrito una obra de arte más estremecedora contra la tiranía. Pocos autores han tratado con tanta delicadeza y sabiduría el tema del amor. Artista eximio de la palabra, gran psicólogo, nos ha dejado magistrales descripciones de los sentimientos humanos y de la naturaleza. En el último período de su vida cultivó la «poesía en prosa», a la que pertenece su célebre alabanza de «La lengua rusa» («... en los días de duda, en los días de tristes pensamientos acerca del destino de mi patria, tú fuiste mi único sostén, tú, lengua rusa, grande, poderosa, verídica y libre»).
Sobre los textos y los temas desarrollados por Turguénev, se han escrito más de ochenta composiciones musicales, entre ellas nueve óperas.

MUMU

En una de las calles extremas de Moscú, había hace tiempo una casa gris, de aspecto señorial, con blancas columnas y un balcón algo inclinado ya por el peso de los años. Vivía en ella una señora viuda, rodeada de numerosa servidumbre. Sus hijos ocupaban diversos cargos en Petersburgo, sus hijas se habían casado. La señora salía de casa muy pocas veces y consumía en su retiro los últimos años de su vejez, mezquina y aburrida. Para ella los días de luz habían pasado hacía tiempo, tristes y desapacibles, y su crepúsculo era más negro que la noche.

El más notable de sus fámulos era Guerásim, el guardián, un hombre alto, de complexión hercúlea, sordomudo de nacimiento. La señora lo sacó de la aldea donde vivía en una pequeña isba, solo, separado de sus hermanos, y donde se le consideraba poco menos que como el siervo más celoso en el cumplimiento de sus obligaciones. Dotado de una fuerza poco común, trabajaba por cuatro, realizaba las faenas aprisa y bien. Daba gusto contemplarlo cuando empuñaba la mancerca del arado con sus enormes manazas; habríase dicho que él solo hendía el elástico seno de la tierra sin ayuda del caballo. O cuando llegaba el día de San Pedro, manejaba de tal manera su poderosa guadaña, que habría segado a ras de tierra incluso un plantel de abedules. Era de ver cuán ágil e infatigablemente trillaba con una cadena de tres varas, bajando y leván-

tando como una palanca los alargados y duros músculos de sus hombros. El constante silencio ponía una nota de solemnidad a su obstinado trabajo. Era un campesino magnífico, y de no haber sido por su infortunio, cualquier moza se habría casado con él de buen grado... Un día, empero, lo llevaron a Moscú, le compraron botas altas, le dieron un caftán para el verano y un abrigo largo de piel de oveja para el invierno, le pusieron en la mano una escoba y una pala y lo nombraron guardián.

Al principio, su nueva vida le desagradaba profundamente. Se había acostumbrado a la aldea y a las labores del campo desde la infancia. Apartado por su desgracia del trato frecuente con otras personas, creció mudo y poderoso como árbol en tierra fértil... Trasladado a la ciudad, no sabía lo que le pasaba. La nostalgia le consumía. Vivía en un estado de constante perplejidad. Le ocurría algo semejante a lo que debe sentir el toro joven y fuerte recién sacado de la vega, donde la jugosa hierba le llega hasta el vientre, y, ya en el vagón de ferrocarril, percibe en su corpulenta masa bien el humo salpicado de chispas, bien las olas de vapor, mientras lo llevan velozmente, Dios sabe dónde, en medio de un ruido infernal. Las obligaciones de su nuevo cargo le parecían un juego después de las rudas labores campesinas. En media hora lo tenía todo hecho. Entonces se quedaba en medio del patio mirando con la boca abierta a todos cuantos pasaban, como si esperara que le aclarasen el enigma de su situación. A veces buscaba un lugar apartado, arrojaba la escoba o la pala, se tendía cara al suelo y permanecía así, inmóvil, horas enteras.

El hombre, empero, se acostumbraba a todo, y Guerásim se habituó, por fin, al ambiente de la ciudad. Sus obligaciones no eran muchas. Se reducían a limpiar el patio, a acarrear una cuba de agua dos veces al día, a cortar y llevar leña para la cocina y la casa, a no dejar entrar gente extraña y a vigilar por la noche. Es de justicia hacer constar que las cumplía con

mucho celo. Nunca se veían por el patio astillas ni barreduras de ninguna clase. Si en la época de las lluvias o del deshielo se le atascaba en algún sitio el carro con la cuba del agua, aplicaba el hombro y no sólo arrancaba del atolladero al carro, sino al propio caballo que lo arrastraba. Al cortar la leña, hacía resonar el hacha como si fuera de cristal y volaban en todas direcciones las astillas y los tueros. En cuanto a la gente extraña, desde que una noche sorprendió a dos ladrones y golpeó la frente del uno contra la del otro, de tal suerte que luego ni siquiera hizo falta llevarlos a la policía, todos los del barrio sintieron por él un profundo respeto. Incluso durante el día no ya los granujas, sino los desconocidos que acertaban a pasar por allí, al ver al terrible guardián se alejaban y gritaban como si él pudiera oír sus gritos.

Las relaciones de Guerásim con los demás criados de la casa no eran malas, si bien tampoco podían llamarse amistosas, pues éstos le tenían miedo. Él los consideraba de los suyos. Le explicaban las cosas por medio de signos. Guérasim los comprendía y ejecutaba con exactitud lo que se le ordenaba, pero sabía hacerse respetar y nadie se atrevía ya a ocupar su asiento a la mesa. Guerásim era una persona seria, de costumbres austeras. Quería orden en todo. En su presencia ni siquiera los gallos se atrevían a pelearse. ¡Ay de ellos! Guerásim los agarraba de las patas, les daba una docena de vueltas como aspas de molino y los arrojaba en direcciones opuestas. En el patio de la casa también se criaban gansos, pero, como todo el mundo sabe, los gansos son animales serios y juiciosos. Guerásim sentía por ellos no poca admiración, los cuidaba y les daba de comer. Él mismo tenía cierto parecido con un ganso muy formal.

Le destinaron un cuartucho sobre la cocina y se lo arregló a su gusto. Se hizo una cama con tablas de roble puestas sobre cuatro troncos aserrados, una auténtica cama de titán: no se habría doblado ni poniéndole encima un peso de cien *puds*. Debajo de la

cama había un arcón solidísimo, y en un ángulo del cuartucho, una mesa que poseía análogas propiedades de solidez. Junto a la mesa se hallaba un taburete de tres patas, tan fuerte y grueso que a veces el propio Gerásim lo levantaba, lo dejaba caer y se sonreía. El cuartucho se cerraba con un candado semejante a un pan en forma de rosca, si bien de color negro. Guerásim guardaba siempre la llave en el cinto. No le gustaba que se metieran en su aposento.

Así transcurrió un año, y a su término, en la vida de Guerásim se produjo un pequeño acontecimiento.

La vieja señora de la casa seguía en todo las antiguas costumbres y sostenía numerosa servidumbre, que se componía no sólo de lavanderas, costureras, carpinteros, sastres y modistas, sino además de un guarnicionero que hacía las veces de albéitar para los animales y de médico para el personal, de un médico de cabecera para la señora y, finalmente, de un zapatero llamado Kapitón Klímov, borracho empedernido. Klímov se consideraba a sí mismo postergado, no estimado en toda su valía, hombre de ciudad e instruido, que no debía vivir en un apartado rincón de Moscú sin ocupaciones importantes. Si bebía, según se expresaba él mismo pausadamente y dándose golpes en el pecho, era precisamente para ahogar las penas. Un día la señora habló de él con Gavriilo, el mayordomo de la casa, individuo que, a juzgar por sus ojos amarillentos y su nariz de pato, parecía destinado por la propia naturaleza a mandar. La señora deploraba la falta de templanza de Kapitón, a quien el día anterior habían encontrado durmiendo la borrachera en plena calle.

— ¿Qué te parece, Gavriilo, si lo casáramos? — dijo la señora —. Quizá sentaría la cabeza.

— Es posible, ¿por qué no? — respondió el mayordomo —. Estaría muy bien.

— ¿Pero, quién querrá casarse con él?

— Es verdad. De todos modos, se hará lo que usted crea conveniente. A pesar de todo, en algo se le puede utilizar. Como él hay muchos.

— Según parece, Tatiana le gusta.

Gavrilo quería hacer alguna objeción, pero se mordió los labios.

— Sí... que pida la mano de Tatiana — decidió la señora, tomando con satisfacción un poco de rapé —, ¿lo oyes?

— Entendido — respondió Gavrilo, y se retiró.

De vuelta a su aposento (se hallaba en un pabellón de la casa y estaba casi lleno de arcas con refuerzos de hierro), Gavrilo hizo salir a su mujer, se sentó junto a la ventana y se puso a meditar. Era evidente que la inesperada determinación de la señora lo había desconcertado. Por fin se levantó y mandó llamar a Kapitón. Éste se presentó... Pero antes de dar a conocer al lector la conversación que los hombres sostuvieron, creemos que no estará de más contar quién era esa Tatiana, elegida para esposa de Kapitón, y por qué el mandato de la señora preocupaba al mayordomo.

Tatiana era una de las lavanderas (por su habilidad y sabiduría en la materia, se le daba tan sólo la ropa blanca fina), mujer de unos veintiocho años, delgada, rubia, con lunares en la mejilla izquierda. En Rusia se cree que los lunares en la mejilla izquierda constituyen un signo adverso, anuncio de una vida desgraciada... Tatiana no tenía mucho que agradecer a su destino. Desde los primeros años de la juventud sólo había recibido malos tratos. Trabajaba por dos y no sabía lo que era una caricia. La vestían mal, recibía por su trabajo una paga mínima. Tenía varios tíos, pero era como si no tuviera a nadie. Uno de ellos, viejo intendente, había sido trasladado por inútil a la aldea; los otros eran siervos. Y nada más. Durante cierto tiempo se la reputó hermosa, pero la hermosura la abandonó pronto. Era de naturaleza sumamente dócil, mejor dicho, amedrentada. Sentía absoluta indiferencia por sí misma, y temía a las demás personas con miedo cerval. Sólo pensaba en acabar el trabajo a tiempo, no hablaba nunca con nadie y el simple

nombre de la señora la hacía temblar, a pesar de que ésta casi no la había visto.

Cuando Guerásim llegó de la aldea, Tatiana por poco se desmaya de terror al ver aquel gigantón, y hacía cuanto podía por no encontrarse con él. A veces, cuando tenía que pasar por su lado al ir al lavadero, casi cerraba los ojos. Al principio Guerásim no se fijaba en Tatiana; luego empezó a reírse cuando se encontraban; después la siguió con la mirada, y acabó por no quitarle los ojos de encima. En fin, terminó queriéndola. ¿Sería por la dócil expresión de aquel rostro de mujer, por la timidez de sus movimientos? Dios lo sabe. Un día, Tatiana avanzaba por el patio llevando sobre sus extendidas manos una blusa almidonada de la señora... De pronto alguien la agarró fuertemente por el codo. Tatiana volvió la cabeza y no pudo reprimir un grito: a su espalda tenía a Guerásim, que, sonriendo torpemente y emitiendo un dulce mugido, le ofrecía un gallito de bizcocho con adornos de oro musivo en la cola y en las alas. Tatiana se resistía a tomarlo, pero él se lo puso a la fuerza en una mano, movió la cabeza, se alejó y, volviéndose, mugió de nuevo algo muy afectuoso.

Desde aquel día, Guerásim no la dejó tranquila. Adondequiera que fuera Tatiana, allí se plantaba él, la esperaba, le sonreía, mugía, gesticulaba, le ofrecía una cinta que se sacaba del pecho o barría con la escoba el polvo por donde ella tenía que pasar. La pobre moza no sabía qué actitud adoptar ni qué hacer. Muy pronto toda la casa se enteró de las excentricidades del guardián mudo. Empezaron a llover sobre Tatiana las burlas, las chirigotas y las palabras hirientes. De Guerásim, en cambio, nadie se atrevía a burlarse. No era amigo de burlas. Cuando él estaba presente también dejaban en paz a Tatiana. Le gustara o no, el hecho es que la moza estaba bajo su protección.

Como todos los sordomudos, Guerásim era muy perspicaz y comprendía perfectamente cuando se burlaban de ellos. Un día, durante la comida, la encar-

gada de la ropa blanca comenzó a meterse con Tatiana, que estaba a sus órdenes. Fueron tantos los reproches y censuras, que la pobre moza no sabía dónde poner los ojos y por poco se echa a llorar de congoja. De pronto, Guerásim se incorporó, extendió su enorme manaza y la puso sobre la cabeza de la encargada de la ropa blanca. Reflejaban sus ojos tal reconcentrada ira, que la mujer se quedó con la cabeza pegada a la mesa. Todos se callaron. Guerásim tomó de nuevo la cuchara y continuó engullendo la sopa de col. «¡Mira ese diablo mudo, ese trasgo!», balbucearon los presentes a media voz, mientras que la mujer encargada de la ropa blanca se levantó y se fue a la habitación de las sirvientas. Otra vez, al darse cuenta de que Kapitón, ese mismo Kapitón de quien acabamos de hablar, se ponía demasiado zalamero con Tatiana, Guerásim le llamó moviendo un dedo, lo llevó a la cochera y, agarrando por un extremo un pértigo que había en un rincón, le amenazó breve pero muy significativamente. Desde entonces nadie volvió a importunarla. Todo eso se lo pasaban por alto a Guerásim. Verdad es que la mujer de la ropa blanca, no bien se hubo metido en la habitación de las sirvientas, se dejó caer desmayada, y fue tan hábil que aquel mismo día la señora se enteró del rudo proceder del guardián. Pero a la extravagante anciana le hizo mucha gracia lo ocurrido y la mujer de la ropa blanca tuvo que repetirle varias veces de qué modo aquella manaza le había hecho doblar la cabeza. Al día siguiente, mandó entregar a Guerásim un rublo de plata. Le apreciaba como fiel y poderoso guardián, a pesar de lo cual éste le tenía bastante miedo, si bien confiaba en su bondad y se disponía a visitarla en solicitud de permiso para casarse con Tatiana. Esperaba únicamente recibir el nuevo caftán que el mayordomo le había prometido, y así presentarse más decorosamente. Fue entonces cuando a la señora se le ocurrió casar a Tatiana con Kapitón.

Ahora el lector comprenderá fácilmente la causa del desconcierto en que estaba sumido el mayordomo

Gavrilo después de la conversación a que nos hemos referido. «La señora — pensaba el mayordomo, sentado junto a la ventana — estima a Guerásim, no hay duda — Gavrilo lo sabía perfectamente y de ahí que él mismo fuera indulgente con el sordomudo —, pero a pesar de todo es un hombre sin habla. No hay por qué informarla de que ronda a Tatiana. Al fin y al cabo, lo que pasa es justo. ¿Qué marido iba a ser Guerásim? Por otra parte, tan pronto ese trasgo, dicho sea con perdón de Dios, se entere de que casan a Tatiana con Kapitón, es capaz de hacer añicos cuanto esté a su alcance. A él no hay manera de explicarle las cosas; a ese demonio, perdone Dios mi lengua pecadora, no hay manera de convencerle... La verdad...»

La aparición del zapatero borrachín cortó el hilo de las meditaciones de Gavrilo. Kapitón entró, se puso las manos atrás, y apoyándose con desenfado en un saliente de la pared junto a la puerta, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y sacudió la cabeza, como diciendo: «Aquí me tiene. ¿Qué se le ofrece?»

Gavrilo miró a Kapitón y dio unos golpecitos con los dedos sobre el marco de la ventana. Kapitón se limitó a entornar ligeramente sus ojos grises, pero no los bajó; incluso se sonrió y se pasó la mano por sus cabellos entrecanos, que se le encrespaban en todas direcciones: «Bueno, sí, aquí me tienes. ¿Qué miras?»

— ¡Buena pieza estás hecho — balbuceó Gavrilo, y volvió a guardar silencio —. ¡Buena pieza, no se puede negar!

Kapitón sólo se encogió de hombros. «¿Acaso tú eres mejor?», pensó para sus adentros.

— Pero, ¿qué pinta tienes! ¿No te da vergüenza? — siguió increpándole Gavrilo —. ¡Qué facha la tuya!

Kapitón recorrió con tranquila mirada su vieja y rota levita, sus pantalones remendados, contempló con singular atención sus botas agujereadas, sobre todo la del pie derecho, cuya punta apoyaba como un peti-metre, y volvió a mirar al mayordomo.

— ¿Qué hay de particular?

— ¿Qué hay de particular? — repitió Gavriló —. ¿Qué hay? ¿Tienes cara para preguntar «¿qué hay de particular?». Pues que tienes facha de demonio, perdón Dios mi lengua pecadora; de eso es de lo que tienes facha.

Kapitón empezó a pestañear rápidamente.

«Regañe, Gavriló Andréich, regañe cuanto quiera», volvió a pensar interiormente.

— Te emborrachaste otra vez — dijo Gavriló —. ¡Otra vez! ¿Eh? ¡Responde!

— Como tengo tan poca salud, pues sí, he recurrido otra vez a las bebidas alcohólicas — replicó Kapitón.

— ¡Poca salud!... Te castigan poco, esto es lo que pasa. ¡Y estuviste en la capital de aprendiz!... Mucho aprendiste allí. No te mereces ni el pan que comes.

— En estas cosas, Gavriló Andréich, sólo un juez puede juzgarme, Dios Todopoderoso, y nadie más. Es el único que sabe con certeza qué hombre soy y si me merezco o no el pan que como. En lo que respecta a la borrachera, en este caso el verdadero culpable no soy yo, sino un camarada que me tentó y me hizo beber, y luego él se marchó, mientras que yo...

— Tú te quedaste hecho una sopa tumbado en la calle. ¡Depravado! Pero ahora no se trata de eso — continuó el mayordomo —, sino de otra cosa. La señora... — hizo una pausa — la señora desea que te cases. ¿Lo oyes? Supone que cuando te cases sentarás la cabeza. ¿Comprendes?

— ¡Cómo no voy a comprender!

— Sí, sí... Yo creo que sería mejor aplicarte una vara de fresno. Pero esto es cosa tuya. Dime, ¿estás de acuerdo?

Kapitón se sonrió.

— Casarme no es mala cosa, Gavriló Andréich. Por mi parte, de mil amores.

— Sí, sí — repitió Gavriló, y pensó: «no puede negarse que este hombre habla con circunspección» —.

Sólo que, mira — prosiguió en voz alta —, la novia que te han buscado no es gran cosa.

— Perdone mi curiosidad. ¿Quién es?...

— Tatiana.

— ¿Tatiana?

Kapitón abrió desmesuradamente los ojos y se separó de la pared.

— ¿Qué es lo que te ha alarmado? ¿Acaso no te gusta?

— ¡Cómo no me va a gustar, Gavriilo Andréich! Es una buena moza, trabajadora, dócil... Pero usted bien sabe, Gavriilo Andréich, que ese trasgo, ese oso de la estepa está por ella...

— Lo sé, hermano, lo sé todo — le interrumpió enojado el mayordomo —. Pero...

— ¡Tenga compasión de mí, Gavriilo Andréich! Me va a matar. Como hay Dios que me matará. ¡Me aplastará como si fuera una mosca! ¡Con las manazas que tiene, fíjese qué brazos y manos tiene! Como las de Minin y Pozharski¹. Como está sordo, no oye el retumbar de sus mamporros. Es como si los repartiera en sueños. Y no hay manera de calmarlo, usted ya lo sabe, Gavriilo Andréich, porque está sordo y es más torpe que una mula. Es una fiera, es un ídolo pagano, Gavriilo Andréich, es peor que un ídolo pagano... es como el árbol maldito. ¿A santo de qué he de convertirme yo en su víctima? Claro que ahora yo soy peor que un trapo, lo he despilfarrado todo, he pasado por todo, me he quedado más tiznado que una olla. Sin embargo, soy una persona, al fin y al cabo, y no una despreciable olla.

— Lo sé, lo sé, no hace falta que te esfuerces en explicármelo.

— ¡Que Dios me valga! — prosiguió el exaltado

1. «Minin» — Kuzmá Minich Zajáriev-Sujoruk, m. en 1616 —, comerciante de Nizhni-Nóvgorod. «Pozharski» — Dmitri Mijáilovich Pozharski, 1578(?) - 1642(?) — noble ruso, militar y político. Minin y Pozharski organizaron la lucha de su pueblo contra la invasión polaca a comienzos del siglo XVII.

zapatero —. ¿Cuándo llegará mi última hora? ¿Cuándo, señor mío? ¡Ay, desdichado de mí! ¡Estoy perdido sin remisión! ¡Qué mala suerte, qué negra suerte la mía! Cuando era niño, me pegaba el amo, que era un alemán; en la mejor época de mi vida, me pegaba mi propio hermano, y ahora que ya no soy joven, ya ves lo que me espera...

— ¡Eh, alma de cántaro! — dijo Gavriló —. ¡A qué vienen tantos lamentos!

— ¡Qué quiere usted, Gavriló Andréich! No son los golpes lo que yo temo. Castíguenme entre cuatro paredes; pero que nadie se entere y seguiré siendo una persona. En este caso...

— Bueno, basta. Vete ya — le interrumpió Gavriló, impaciente.

Kapitón dio media vuelta y salió abatido.

— Supongamos que él no existiera — le gritó el mayordomo —. ¿Por tú parte, estarías de acuerdo?

— Declaro que sí — replicó Kapitón, y se fue. No perdía la elocuencia ni siquiera en los casos extremos.

El mayordomo se paseó varias veces de un extremo a otro de la habitación.

— Llamadme ahora a Tatiana — ordenó por fin.

Poco después llegó la moza de manera casi imperceptible y se detuvo en el umbral.

— ¿Qué ordena, Gavriló Andréich? — preguntó quedamente.

El mayordomo le clavó la mirada.

— Oye, Tatiana — exclamó —. ¿Quieres casarte? La señora te ha buscado novio.

— Como manden, Gavriló Andréich. ¿A quién me han designado por novio? — añadió indecisa.

— A Kapitón, el zapatero.

— Como manden.

— Es un informal, no se puede negar. Pero en este caso la señora tiene confianza en ti.

— Como manden.

— Hay una dificultad... este sordo, el Guerásim

ese, te está rondando. ¿Cómo has cautivado a ese oso? Es capaz de matarte.

— Me matará, Gavriló Andréich; me matará, no hay duda.

— Te matará... Bueno, esto lo veremos. ¿Por qué dices «me matará?» ¿Es que tiene derecho a matarte? Reflexiona tú misma.

— Ah, no sé, Gavriló Andréich, si tiene derecho o no.

— ¡Qué mujer! Tú no le has prometido nada...

— ¿Qué dice usted?

El mayordomo guardó silencio y pensó: «Eres un alma bendita».

— Bueno, está bien — añadió —. Volveremos a hablar de este asunto, ahora puedes irte; ya veo que eres muy obediente.

Tatiana volvió la cabeza, se apoyó levemente en el marco de la puerta y se marchó.

«Quizá mañana la señora ya se habrá olvidado de esta boda — pensó el mayordomo —. ¿A qué inquietarse? A este díscolo lo meteremos en cintura. Si hace falta, llamaremos a la policía...»

— ¡Ustña Fiódorovna! — gritó llamando a su mujer —. ¡A ver ese samovar, señora mía!...

Tatiana apenas salió del lavadero en todo el día. Al principio lloriqueó. Luego se secó las lágrimas y se puso a trabajar como de costumbre. Kapitón se estuvo hasta altas horas de la noche en la taberna, contando con todo detalle a un amigo suyo, de sombrío aspecto, que en Petersburgo trabajó para un señor sumamente virtuoso y observador de las buenas costumbres, si bien se permitía una pequeña libertad, que consistía en empinar el codo, y en cuanto al sexo femenino, se interesaba por todas las cualidades... El sombrío camarada se limitaba a escucharle moviendo afirmativamente la cabeza. Pero cuando Kapitón declaró, finalmente, que al día siguiente no tendría más remedio que suicidarse, el sombrío camarada indicó que ya era

hora de irse a dormir. Y se separaron brusca y silenciosamente.

Entretanto, el mayordomo vio defraudadas sus esperanzas. La señora estaba tan encariñada con la idea del matrimonio de Kapitón, que por la noche no habló de otra cosa con la dama de compañía encargada exclusivamente de entretenerla en los casos de insomnio (por lo que dicha dama dedicaba el día a dormir, igual que los cocheros de servicio nocturno). Cuando, después del té, Gavriilo se presentó ante su señora para informar y recibir órdenes, lo primero que ésta le preguntó fue: «¿Ya está en marcha nuestra boda?» Naturalmente, Gavriilo respondió que todo iba a pedir de boca y que aquel mismo día Kapitón visitaría a la señora para presentarle sus respetos. La señora no se encontraba muy bien y no se entretuvo mucho examinando los asuntos de la casa. El mayordomo volvió a su habitación y reunió en consejo a sus subordinados.

No era para menos. El asunto exigía realmente especial estudio. Tatiana, como es lógico, no replicó, pero Kapitón declaró en voz alta que él no tenía más que una cabeza, y no dos ni tres... Guerásim los miró a todos con severa y rápida mirada, sin alejarse del soportal que daba entrada al aposento de las criadas, como si adivinara que se tramaba algo infausto para él. Los reunidos (asistía entre otros un viejo camarero, alias el tío Cola, al que todos acudían en solicitud de consejo a pesar de no recibir más que una respuesta: ¡mira qué tal!, ¡sí!, ¡sí, sí sí!), por si acaso y como primera providencia, decidieron poner en lugar seguro a Kapitón y lo encerraron en el cuartucho donde estaba la máquina de purificar el agua. Luego se pusieron a cavilar, a devanarse los sesos.

Claro que lo más fácil era recurrir a la fuerza, pero ¡qué iba a suceder, santo cielo! Habría jaleo, la señora se molestaría. ¡Qué calamidad! ¿Qué hacer? Pensaron, meditaron, se rompieron la cabeza, pero al fin hallaron una solución. Repetidas veces habían obser-

vado que Guerásim no soportaba a los borrachos... Sentado junto la puerta cochera, se volvía indignado cada vez que un individuo cargado más de la cuenta pasaba frente a él con paso incierto y con la visera de la gorra sobre la oreja. Decidieron enseñar a Tatiana a fingirse borracha. Después pasaría haciendo eses por delante de Guerásim. La pobre moza no quería de ningún modo, pero al final la convencieron. Además, ella misma veía que de otro modo no podría librarse de su admirador. Tatiana salió. Abrieron a Kapitón: al fin y al cabo, el asunto también le afectaba a él. Guerásim, sentado sobre un poyo a la entrada del patio, hurgaba la tierra con una pala... Le contemplaban desde todos los rincones, desde las ventanas, levantando levemente las cortinas...

La artimaña salió a las mil maravillas. De momento, al ver a Tatiana, Guerásim movió la cabeza como tenía por costumbre y mugió cariñosamente. Luego se fijó en ella, soltó la pala, se levantó, se le aproximó, acercó su cara a la de Tatiana... Presa de terror, ella se tambaleó aún más y cerró los ojos... Guerásim la tomó del brazo, atravesó corriendo el patio, entró en la estancia donde se hallaba reunido el consejo y la arrojó a los brazos de Kapitón. Tatiana estaba aterrada... Guerásim permaneció un momento de pie, contemplándola, hizo un gesto de desprecio, se sonrió y se fue a su cuartucho caminando pesadamente... De allí no salió en veinticuatro horas. El postillón Antipka contó más tarde que por una rendija de la puerta había visto a Guerásim sentado en la cama, apoyada la cara en la mano, mugiendo de vez en cuando y cantando suave y acompasadamente; es decir, se balanceaba, cerraba los ojos y sacudía la cabeza como los carreteros o los sirgadores cuando entonan sus melancólicas canciones. Antipka tuvo miedo y se alejó de la puerta. Cuando, al otro día, Guerásim salió de su cuartucho, no se observaba en él ningún cambio especial. Parecía tan sólo algo más sombrío, y no se preocupó en lo más mínimo de Tatiana.

na ni de Kapitón, quienes aquella misma tarde, con un ganso bajo el brazo, visitaron a la señora. Una semana más tarde, se casaron.

El día de la boda, Guerásim no modificó su conducta. Únicamente volvió del río sin agua; por el camino se le rompió la cuba. Al atardecer, en la caba-lleriza, puso tanto celo en limpiar y fregar al rocín, que le hacía moverse como brizna en el viento y le obligaba a doblarse sobre las patas bajo sus puños de hierro.

Todo esto sucedió en primavera. Transcurrió un año. Kapitón empalmaba una melopea con otra. Se dio a la bebida más que nunca, y finalmente, aprovechando el viaje de unos carros, fue enviado con su mujer a una lejana aldea, como hombre completamente inútil para todo. El día de la partida, al principio se hacía el valiente y afirmaba que dondequiera que lo mandasen se abriría camino, aunque fuera en los quintos infiernos. Pero luego perdió el ánimo, empezó a lamentarse de que lo llevaran donde sólo vive gente ignorante, y por fin quedó tan abatido que ni siquiera fue capaz de ponerse la gorra. Hubo un alma compasiva que se la puso avanzada sobre la frente, le arregló la visera y le dio un manotazo encima. Cuando todo estuvo dispuesto, cuando los campesinos tenían ya las riendas de los caballos en la mano y esperaban sólo el «andad con Dios» para ponerse en camino, Guerásim salió de su cuartucho, se acercó a Tatiana y le regaló, como recuerdo, un pañuelo rojo de algodón, que había comprado para ella hacía un año. Tatiana, que había soportado con gran indiferencia todas las calamidades de su vida, no pudo más. Le saltaron las lágrimas, y al sentarse en el carro besó por tres veces a Guerásim, a lo cristiano.² Guerásim quería acompañarla hasta la salida de la ciudad y se puso a caminar al lado del carro, pero se detuvo en el lugar denomi-

2. Todavía hoy es costumbre en Rusia besarse tres veces al despedirse.

nado Krimski Brod, hizo un gesto de resignación y siguió andando a lo largo del río.

Anohecía. Caminaba lentamente, contemplando el agua. De pronto le pareció que algo se agitaba en el fango, junto a la orilla. Se inclinó y vio un pequeño cachorro blanco con manchas negras, que no podía salir del agua a pesar de los esfuerzos que hacía. Flaco y mojado, se debatía y resbalaba tiritando. Guerásim contempló al desgraciado perrito, lo garró con una mano, se lo guardó bajo la camisa y a grandes zancadas emprendió el regreso a la casa. Entró en el cuartucho, puso el perro en la cama, lo cubrió con su pesada chamarra, fue a buscar paja a la cuadra y luego trajo una taza de leche de la cocina. Después de retirar con cuidado la chamarra y de extender la paja, puso la leche en la cama. El perrito no tenía más de tres semanas y hacía poco que había abierto los ojos, uno de los cuales parecía, incluso, algo mayor que el otro. Aún no sabía beber de la taza y no hacía más que temblar y entornar los ojos. Guerásim lo tomó con dos dedos por la cabeza y le metió el hocico en la leche. De pronto el perrito comenzó a beber ávidamente, resoplando, atragantándose y relamiéndose. Guerásim estaba embobado contemplándolo, y de repente se echó a reír... Se entretuvo toda la noche con el perrito, lo secó y lo acostó. Por fin, él también se quedó dormido a su lado con apacible y sosegado sueño.

No hay madre que cuide a su pequeñuelo como Guerásim a su perrita (el perro resultó ser una perrita). Al principio era muy débil, flaca y fea, pero poco a poco mejoró y a los ocho meses, gracias a las constantes atenciones de su salvador, se convirtió en una magnífica perra de raza española, con largas orejas, cola felpuda en forma de tubo y grandes y expresivos ojos. Tomó enorme apego a Guerásim, del que no se apartaba un paso. Le seguía siempre, agitando la cola. Guerásim le dio nombre — los mudos saben que sus mugidos atraen la atención de los demás —, la llamó *Mumu*. Todos la querían y también la llamaban *Mumu*.

La perrita era muy inteligente, a todos halagaba, pero sólo sentía verdadero afecto por Guerásim, quien, a su vez, la quería con toda el alma, y no le agradaba que otros la acariciaran. ¿Temería por ella, o sentiría celos? ¡Dios lo sabe!

Mumu le despertaba por las mañanas tirando del borde de la chamarra, le iba a buscar el caballo que acarrearaba el agua llevándolo de la brida — perra y caballo se entendían a las mil maravillas —, le acompañaba al río dándose importancia, montaba la guardia junto a la escoba y la pala y no dejaba entrar a nadie en el cuartucho. Guerásim le abrió un agujero en la puerta. Habríase dicho que la perra se daba cuenta de que sólo en el cuartucho de Guerásim estaba en su propia casa y por esto, al entrar en él, saltaba alegremente a la cama. Por la noche no dormía, pero no ladraba sin ton ni son, como una perra cualquiera que, sentada sobre las patas traseras, levantando el hocico y entornando los ojos, ladra de aburrimiento a la luna. ¡No! La fina voz de *Mumu* no se alzaba nunca en vano, siempre era señal de que alguna persona extraña se acercaba mucho a la valla, de que se levantaba algún ruido o susurro sospechosos... En una palabra, era una guardiana perfecta. Verdad es que en el patio, además de *Mumu*, había un viejo perro de color amarillento y manchas pardas, *Volchok*, pero a éste no lo soltaban de la cadena ni siquiera por la noche, aparte de que tampoco él exigía libertad alguna debido a su decrepitud. Se acurrucaba en la perrera y sólo de vez en cuando emitía un sonido ronco, casi imperceptible, que cortaba al instante como si él mismo se diera cuenta de su inutilidad. *Mumu* no entraba nunca en la casa señorial, y cuando Guerásim distribuía leña por las habitaciones, la perra se quedaba atrás y lo esperaba impacientemente en el soportal, levantando las orejas y volviendo la cabeza a derecha e izquierda al menor ruido que se hiciera tras la puerta...

Así transcurrió un año más. Guerásim continuaba dedicado a sus quehaceres y se sentía muy satisfecho de

su suerte, cuando de pronto, una circunstancia inesperada... En un magnífico día de verano la señora se paseaba con sus damas de compañía por el recibidor. Estaba de un humor excelente, se reía y bromeaba. Las damas de compañía también reían y bromeaban, pero no por ello su alegría era mucha. A la gente de la casa no le hacía demasiada gracia que la señora se encontrara de buen humor, en primer lugar porque exigía que todos acogieran en seguida con alegría sus palabras, y se enfadaba si algún semblante no resplandecía de satisfacción. En segundo lugar, porque tales raptos de alegría duraban poco y por lo común iban seguidos de graves ataques de mal humor.

Ese día la señora se levantó con el pie derecho. Al echar las cartas le salieron cuatro sotas, lo cual significaba que iba a ver colmados sus deseos (por la mañana siempre echaba las cartas); el té le pareció muy rico, alabó por ello a la camarera y le dio una moneda de diez kopeks. Con dulce sonrisa en los arrugados labios, la señora se paseaba por el recibidor y se asomó a la ventana. Enfrente se había plantado un jardinillo y en el arriate del centro, bajo un rosál, se hallaba *Mumu* royendo cuidadosamente un hueso. La señora vio al animal.

— ¡Dios mío! — exclamó de pronto —. ¿Qué perro es éste?

La pobre dama de compañía a la que dirigió la pregunta se quedó turbada, presa de esa lastimosa inquietud que suele apoderarse del subordinado que no sabe a ciencia cierta cómo ha de entender la exclamación de su jefe.

— No... no sé — balbuceó la interpelada —. Me parece que es el del mudo...

— ¡Dios mío! — prosiguió la señora, interrumpiéndola —. ¡Es un chucho encantador! Que lo traigan. ¿Hace mucho que lo tiene? ¿Cómo es posible que no lo haya visto hasta ahora?... Que lo traigan.

La dama de compañía se dirigió inmediatamente al zaguán.

— ¡Eh, buen hombre! — gritó —. ¡Traiga en seguida a *Mumu*! Está en el jardinillo.

— ¡Ah, la llaman *Mumu*! — dijo la señora —. Es un nombre muy bonito.

— ¡Sí, muy bonito! — comentó la dama de compañía —. ¡De prisa, Stepán!

Stepán, robusto mozo que desempeñaba el cargo de lacayo, se lanzó a todo correr hacia el jardinillo y quiso agarrar a *Mumu*, pero la perra se escabulló ágilmente de sus manos y, levantando la cola, huyó escapada hacia la cocina, donde entonces se hallaba Guerásim, claveteando y agitando la cuba, dándole vueltas como si se tratara de un tambor de juguete. Stepán siguió a la perra y procuraba hacerse con ella a los pies de Guerásim, pero el animal no se dejaba agarrar por manos extrañas, daba saltos y esquivaba a su perseguidor. Guerásim contemplaba burlón la escena. Finalmente, Stepán se levantó despechado y explicó atropelladamente, con signos, que la señora exigía que se le llevara la perra. Guerásim se sorprendió un poco, pero llamó a *Mumu*, la levantó del suelo y la entregó a Stepán, quien una vez en el recibidor la puso sobre el entarimado. La señora empezó a llamarla con melosa voz. *Mumu*, que nunca se había visto en tan espléndidos salones, se asustó mucho y quiso lanzarse a la puerta, pero, empujada por el servicial Stepán, se acurrucó temblando junto a la pared.

— *Mumu*, *Mumu*, ven aquí, acércate a la señora — decía ésta —, acércate, tonta... no temas...

— Acércate a la señora, *Mumu*, acércate — repetían las damas de compañía.

Pero *Mumu* miraba ansiosamente en torno y no se movía de su sitio.

— Traedle algo de comer — dijo la señora —. ¡Qué torpe es! No se acerca a la señora. ¿De qué tiene miedo?

— Todavía no está acostumbrada — dijo con tímida y suave voz una de las damas de compañía.

Stepán trajo un platito de leche y lo puso delante

de *Mumu*, pero el animal ni siquiera lo olfateó y seguía temblando y mirando a todas partes como antes.

— ¡Ah, qué torpe eres! — exclamó la señora acercándosele; se inclinó y quiso acariciarla, pero *Mumu* volvió la cabeza convulsivamente y enseñó los dientes. La señora retiró la mano a toda prisa...

Hubo un momento de silencio. *Mumu* gruñó levemente, como lamentándose y pidiendo perdón... La señora se apartó y frunció el ceño. El repentino movimiento de la perra la había asustado.

— ¡Ah! — gritaron unánimemente las damas de compañía —. ¿La ha mordido? ¡Dios del cielo! — *Mumu* no había mordido nunca a nadie —. ¡Ah! ¡Ah!

— ¡Sacadla! — exclamó con demudada voz la anciana —. ¡Qué perra más dañina! ¡Qué rabiosa!

Y volviéndose lentamente se encaminó hacia su despacho. Las damas de compañía se miraron indecisas y se dispusieron a seguirla, pero la señora se detuvo, las miró fríamente y dijo:

— ¿A qué viene esto? ¿Acaso os he llamado? — y se fue.

Las damas agitaron frenéticamente los brazos en dirección a Stepán, quien agarró a *Mumu* y se apresuró a sacarla fuera. La arrojó a los pies de Guerásim. Media hora más tarde en toda la casa reinaba un profundo silencio, y la anciana señora permanecía en su diván más sombría que una nube de verano.

¡Que una niñería pueda a veces desazonar a una persona! ¡Es sorprendente!

La señora estuvo todo el día de mal humor. No conversó con nadie y no jugó a las cartas. Pasó muy mala noche. Se le figuró que el agua de Colonia que le dieron no era la que solían darle, que la almohada olía a jabón, y obligó a la encargada de la ropa blanca a oler toda la que guardaba. En una palabra, estaba sumamente agitada e irritable. A la mañana siguiente, ordenó llamar a Gavriló una hora antes de lo acostumbrado.

— Dime, por favor — le preguntó no bien el mayordomo, preocupado, cruzó el umbral de su gabinete —, ¿qué perro es ese que se ha pasado la noche ladrando en nuestro patio? ¡No me ha dejado dormir!

— Un perro... quizá... la perra del mudo — respondió el mayordomo vacilando.

— No sé si es del mudo o de otro, pero no me ha dejado dormir en toda la noche. ¡No comprendo a qué viene mantener tal cantidad de perros! Dime. ¿No tenemos uno para la guarda de la casa?

— Naturalmente, tenemos a *Volchok*.

— ¿Entonces? ¿Qué falta hace otro perro? Sólo sirve para armar escándalo. Lo que ocurre es que no hay en casa quien vigile a los criados. Esto es lo que pasa. ¿Para qué quiere un perro el mudo? ¿Quién le ha dado permiso para tener perros en mi casa? Ayer me acerqué a la ventana y vi que su perro estaba echado en el jardinillo. Había llevado una porquería y la estaba royendo. Allí donde tengo rosas plantadas...

La señora permaneció unos instantes silenciosa.

— ¡Que hoy mismo desaparezca de aquí! ¿Has oído?

— Comprendido.

— Hoy mismo. Ahora vete. Luego te llamaré para que me des cuenta de las novedades.

Gavrilo se retiró.

Al cruzar el recibidor, el mayordomo, velando por el buen orden de las cosas, trasladó la campanilla de una mesa a otra, se sonó la nariz de pato procurando no hacer mucho ruido y salió al zaguán, donde el lacayo dormía sobre un escaño en posición de guerrero muerto, al estilo de las estampas de batallas. Por debajo de la levita que le servía de manta, contrajo convulsivamente sus desnudos pies. El mayordomo lo sacudió hasta despertarlo y le dio alguna orden a media voz, a lo que Stepán respondió semibostezando y semirriéndose. El mayordomo se fue. Stepán se levantó, se puso el caftán y las botas, salió y se detuvo en el umbral. No habían transcurrido cinco minutos cuando

apareció Guerásim con un enorme haz de leña en la espalda, acompañado de su inseparable *Mumu* (la señora ordenaba calentar su dormitorio y su despacho incluso en verano). Guerásim se puso de costado ante la puerta, la empujó con el hombro y penetró con su carga, mientras que *Mumu*, según tenía por costumbre, se quedó fuera esperándolo. Entonces Stepán aprovechó un momento propicio y se lanzó de improviso sobre la perra cual milano sobre un polluelo, la apretó contra el suelo, la agarró de una brazada y, sin ponerse siquiera la gorra, salió corriendo del patio, tomó asiento en el primer coche que pasó y se dirigió a toda prisa hacia *Ojotni riad*³. No tardó en encontrar allí comprador, a quien cedió la perra por una moneda de medio rublo, a condición, empero, de que la tuviera atada por lo menos durante ocho días. Inmediatamente volvió a casa, pero antes de llegar bajó del carruaje y, después de dar una vuelta, entró en el patio saltando la valla desde el callejón de atrás. Temía encontrarse con Guerásim si entraba por el portillo.

Pero su precaución era inútil: Guerásim ya no estaba en el patio. Al salir de los aposentos de la señora, se dio cuenta en seguida de que *Mumu* faltaba: nunca se había ido sin esperarle. Corrió de un lado a otro buscándola, llamándola a su modo... miró en su cuartucho, en el henil, salió a la calle... ¡Había desaparecido! Interrogó a la gente de la casa, preguntaba por la perra gesticulando desesperadamente, ponía las manos a una media vara del suelo, hacía signos como si la dibujara... Unos no sabían realmente qué había sido de *Mumu* y movían negativamente la cabeza, otros lo sabían y su respuesta era una sonrisa; el mayordomo se puso muy serio y comenzó a dar gritos a los cocheros. Entonces Guerásim salió del patio.

Cuando regresó ya anochecía. Por su semblante extenuado, su paso incierto y sus polvorientas ropas

3. *Ojotni riad*. Puesto de venta de los animales de caza, sobre todo pájaros. De ahí el nombre de uno de los barrios centrales de Moscú.

podía adivinarse que había recorrido medio Moscú. Se detuvo ante las ventanas de los aposentos de la señora, contempló un momento el soportal donde se habían agrupado media docena de criados, dio la vuelta y mugió una vez más «*Mumu*». *Mumu* no respondía. Guerásim se alejó. Todos le siguieron con la mirada, pero nadie se sonrió, nadie dijo una palabra... Y a la mañana siguiente el curioso postillón Antipka relató en la cocina que el mudo se había pasado la noche gimiendo.

Guerásim no apareció por ninguna parte durante un día entero, y tuvo que ir a buscar agua el cochero Potap, cosa que hizo de muy mala gana. La señora preguntó a Gavriilo si había cumplido su orden, a lo que el mayordomo respondió afirmativamente. Por la mañana del tercer día Guerásim salió de su cuartucho y reanudó el trabajo. Se presentó a comer a la hora acostumbrada, y después se fue sin saludar a nadie. Su rostro, inanimado ya de por sí, como el de todos los sordomudos, parecía literalmente de piedra. Por la tarde volvió a ausentarse del patio, pero por poco tiempo, y al regresar se fue directamente al henil. Llegó la noche, iluminada por la luna llena. Guerásim se había echado en el henil; suspiraba profundamente y no cesaba de revolverse inquieto. De pronto le pareció que le tiraban de la ropa, se estremeció, pero ni siquiera levantó la cabeza, e incluso frunció el ceño. Se repitió el tirón, esta vez con mayor fuerza. Guerásim se levanta... y ve ante sí a *Mumu*, haciendo piruetas con un trozo de cuerda colgando del cuello. De su mudo pecho se escapó un grito prolongado. Agarró a *Mumu* y la apretó en sus brazos. La perra le lamió la cara en un instante, la nariz, los ojos, el bigote, la barba... Guerásim se quedó pensativo un momento. Se deslizó cautelosamente fuera del henil, miró en torno y, convencido de que nadie le veía, volvió sin contratiempo a su cuartucho. Había adivinado que el animal no se había perdido por sí solo, que probablemente lo habían llevado por orden de la señora. Los de la casa le ha-

bían explicado con gestos que *Mumu* le había enseñado los dientes. Decidió, pues, ponerse en guardia. Primero dio unos trozos de pan a *Mumu*, la acarició y la hizo acostar. Luego se puso a discurrir — y a ello se dedicó la noche entera — de qué manera podría esconderla mejor. Finalmente decidió encerrarla en el cuartucho durante el día, entrar a verla sólo de vez en cuando y sacarla por la noche. Taponó apretadamente el orificio de la puerta con su vieja chamarra, y apenas hubo rayado el alba estaba ya en el patio como si nada hubiera ocurrido, conservando incluso (¡cándida estratagema!) la anterior expresión de tristeza en el rostro.

Al desdichado sordo no podía ocurrírsele que la propia *Mumu* se traicionaría con sus ladridos. En efecto, pronto se supo que la perra del mudo había vuelto y que éste la tenía encerrada en su cuartucho; pero por compasión hacia los dos y quizá por miedo a él, nadie le dio a entender que habían descubierto su secreto. Únicamente el mayordomo se rascó la cabeza y se dijo, como si se sacudiera una mosca: «¡Bah, que sea lo que Dios quiera! ¡Quizá la señora no se entere!» En cambio, el mudo nunca había puesto tanta diligencia en el trabajo como aquel día. Barrió y rascó el patio entero, arrancó hasta la última hierba, comprobó con sus propias manos la solidez de las estacas de la empalizada que rodeaba el jardinillo y luego las afianzó dándoles unos golpes; en una palabra, se afanó hasta tal punto que la propia señora se dio cuenta de su celo.

En el transcurso de la jornada, Guerásim, a escondidas, fue dos veces a visitar a su reclusa. Por la noche se acostó con ella en el cuartucho y no en el henil, y entre una y dos de la madrugada salió a pasear con la perra al aire libre. Después de haber paseado con ella un buen rato por el patio, se disponía ya a volver a su cuarto, cuando, de pronto, al otro lado de la valla, del lado del callejón, se oyó un ruido. *Mumu* levantó las orejas; gruñó, se acercó a la valla, olfateó el suelo y se puso a lanzar estridentes ladridos. Un borracho había pensado pasar allí la noche. En ese momento la

señora acababa de conciliar el sueño, después de una larga «inquietud nerviosa». Inquietudes semejantes le asaltaban siempre que cenaba con exceso. Los estridentes ladridos la despertaron. El corazón se le puso a palpar con fuerza; luego creyó que le dejaba de latir.

— ¡Chicas, chicas! — gimió —. ¡Chicas!

Las damas de compañía, asustadas, acudieron presurosas a la alcoba de la anciana.

— ¡Oh, oh, me muero! — exclamaba abriendo acongojadamente los brazos —. ¡Otra vez ese perro!... ¡Oh, que venga el doctor! ¡Quieren matarme!... ¡El perro, otra vez el perro! ¡Oh! — y echó la cabeza hacia atrás, lo cual debía significar que se desmayaba.

Fueron corriendo a buscar al doctor, o sea, al médico de cabecera Jaritón, cuya ciencia consistía en llevar botas de blanda suela, tomar con delicadeza el pulso, dormir catorce horas al día, suspirar el resto de la jornada y además obsequiar continuamente a la señora con gotas de lauroceraso. Jaritón acudió solícito, hizo un sahumerio con plumas requemadas y, cuando la anciana abrió los ojos, le presentó en bandeja de plata una copita con las milagrosas gotas. La señora las tomó, pero volvió en seguida a quejarse de la perra, de Gavriló, de sus hados, de que todo el mundo la había abandonado a ella, a una anciana mujer, de que nadie le tenía compasión y de que todos deseaban su muerte. Entretanto, la desgraciada *Mumu* seguía ladrando y era inútil que Guerásim la llamara para que se alejase de la valla.

— ¿Veis... veis?... ¡Otra vez! — balbuceó la señora, y nuevamente puso los ojos en blanco.

El médico dijo unas palabras al oído a una de las damas de compañía, la cual se fue corriendo al vestíbulo, sacudió a Stepán, quien se apresuró a despertar a Gavriló, y éste, sin darse tiempo de reflexionar, mandó poner en pie a todos los de la casa.

Guerásim se volvió, divisó las luces y sombras en las ventanas, y presintiendo alguna desgracia agarró a

Mumu bajo el brazo, se fue corriendo a su cuartucho y se encerró. Unos minutos después cinco personas se presentaron ante su puerta, pero al notar que el cerrojo estaba echado se quedaron sin saber qué medidas tomar. Acudió Gavriló con extraordinaria precipitación, les ordenó quedarse allí vigilando hasta la mañana y entró luego en la estancia de las mujeres. Por mediación de Liubov Liubímovna, la primera dama de compañía, con cuya complicidad robaba y vendía té, azúcar y otros comestibles, mandó decir a la señora que por desgracia la perra había escapado y había vuelto, pero que al día siguiente dejaría de pertenecer al mundo de los vivos, y que rogaba a la señora que no se enojase y se tranquilizara. Probablemente la señora habría tardado en recobrar la calma; pero el médico, con las prisas, en vez de doce gotas le puso cuarenta. Las propiedades del lauroceraso hicieron su efecto y un cuarto de hora más tarde la señora dormía profunda y pacíficamente. Mientras tanto, Guerásim, pálido, echado en su cama, apretaba fuertemente el hocico de *Mumu*.

A la mañana siguiente, la señora se despertó bastante tarde. Gavriló esperaba ese despertar para ordenar el asalto decisivo al reducto de Guerásim, y a la vez se preparaba para recibir una fuerte reprimenda. Pero no la hubo. Sin levantarse de la cama, la señora mandó llamar a la primera dama de compañía.

— Liubov Liubímovna — empezó a decir en voz baja y débil; a la señora le gustaba presentarse a veces como una pobre mártir, abatida y sola; ni que decir tiene que en estos casos sus servidores se hallaban en una situación muy embarazosa —. Liubov Liubímovna, ya ve usted mi situación. Alma mía, vaya usted a ver a Gavriló Andréich y hable con él. ¿Es posible que un chucho cualquiera tenga para él más valor que el sosiego y la propia vida de su señora? No quisiera creerlo — añadió, como expresando un profundo sentimiento —. Vaya a verlo, alma mía, sea buena, vaya a ver a Gavriló Andréich.

Liubov Liubímovna fue a la habitación de Gavriló.

No se sabe de qué hablaron, pero poco después un tropel de gente avanzó por el patio en dirección al cuartucho de Guerásim. Delante iba Gavriilo sujetándose la gorra con la mano, a pesar de que no soplaba viento. A su lado iban el médico y el cocinero. Desde la ventana, el tío Cola miraba y daba órdenes, o sea, agitaba los brazos. Detrás de todos saltaban y hacían piruetas los chiquillos, la mitad de los cuales habían acudido de otros patios. En la estrecha escalerilla que conducía al cuarto de Guerásim, estaba sentado un centinela. Junto a la puerta, otros dos armados con palos permanecían de pie. Empezaron a subir por la escalera y la ocuparon en toda su longitud. Gavriilo se acercó a la puerta, dio unos puñetazos y gritó:

— ¡Abre!

Se oyó un débil ladrido, pero no hubo respuesta alguna.

— ¡Te dicen que abras! — repitió Gavriilo.

— Gavriilo Andréich — indicó desde abajo Stepán —, está sordo, no le oye.

Todos se rieron.

— ¿Qué hacemos? — replicó Gavriilo desde arriba.

— Tiene un agujero en la puerta — respondió Stepán —. Meta por él un palo y muévelo.

Gavriilo se inclinó.

— Lo ha taponado con una chamarra.

— Empuje la chamarra hacia dentro.

En este momento se oyó nuevamente un ladrido sordo.

— Mira, mira, ella misma se descubre — dijeron algunos, y otra vez se rieron.

Gavriilo se rascó tras la oreja.

— No, amigo — añadió por fin —. La chamarra empújala tú, si quieres.

— ¿Por qué no? ¡Dejadme!

Stepán trepó hasta arriba, tomó un palo, empujó la chamarra hacia dentro y empezó a agitar el palo en el agujero, diciendo al mismo tiempo:

— ¡Sal, sal!

Aún estaba agitando el palo, cuando, de pronto, la puerta del cuartucho se abrió de un golpe. Al instante todos rodaron atropelladamente escalera abajo, con Gavriilo delante. El tío Cola cerró la ventana.

— Bueno, bueno — gritó Gavriilo desde el patio —. Cuidado, mucho cuidado con lo que haces...

Guerásim permanecía inmóvil en el umbral. La gente se agrupó al pie de la escalera. Desde arriba, apoyadas levemente las manos en los costados, Guerásim contemplaba a todos aquellos renacuajos que vestían caftanes alemanes. Con su camisa roja campesina parecía, frente a ellos, un verdadero gigante. Gavriilo dio un paso adelante y dijo:

— ¡Cuidado, hermano! Conmigo no te insolentes.

Y por medio de signos, empezó a explicarle que la señora exigía sin falta la perra: «entrégala inmediatamente; si no, te costará caro».

Guerásim lo miró, señaló luego a la perra, hizo un signo con la mano junto al cuello del animal, como si tirara de un lazo, e interrogó con la mirada al mayordomo.

— Sí, sí — contestó Gavriilo, afirmando con la cabeza —. Sin falta.

Guerásim bajó los ojos. Luego tuvo como un estremecimiento, señaló de nuevo a *Mumu*, que no se movía de su lado meneando inocentemente la cola y sacudiendo las orejas llena de curiosidad, repitió el signo de estrangulación junto al cuello del animal y se dio un elocuente golpe en el pecho, como explicando que él mismo se encargaría de acabar con *Mumu*.

— Nos engañas — le replicó Gavriilo con gestos.

Guerásim fijó en él la mirada, se sonrió despectivamente, volvió a darse un golpe en el pecho y cerró de un portazo.

Todos se miraron en silencio.

— ¿Qué significa esto? — empezó a decir Gavriilo —. ¿Se ha encerrado?

— Déjelo, Gavriilo Andréich — dijo Stepán —. Lo hará, ya que lo ha prometido. Él es así... Si promete

una cosa, la cumple. No hay duda. En esto no es como nosotros. Lo que es verdad es verdad. Sí, señor.

— Sí — repitieron todos sacudiendo la cabeza —. Así es.

El tío Cola abrió la ventana y también dijo:

— Sí.

— Bueno, lo veremos — replicó Gavriilo —. Pero, por si acaso, que no se vayan los centinelas. ¡Eh, tú, Eroshka! — añadió, dirigiéndose a un hombre pálido que llevaba una casaca de basto algodón amarillento, a quien se le encomendaban las labores de jardinería —. ¿Qué tienes que hacer? Toma un palo y quédate aquí sentado. Tan pronto notes algo, ¡a decírmelo volando!

Eroshka tomó un palo y se sentó en el último pedazo de la escalera. El gentío se dispersó, excepción hecha de algunos curiosos y de los chiquillos. Gavriilo volvió al edificio y por mediación de Liubov Liubimovna mandó decir a la señora que se había cumplido la orden y que, por si acaso, él mismo había enviado al postillón a poner en antecedentes a la policía. La señora hizo un nudo en el pañuelo de bolsillo, lo mojó con agua de Colonia, lo olisqueó, se frotó las sienes, bebió té y, hallándose aún bajo los efectos de las gotas de lauroceraso, se durmió otra vez.

Una hora después de la alarma, se abrió la puerta del cuartucho y apareció Guerásim. Vestía el caftán de los días de fiesta y llevaba a *Mumu* de una cuerda. Eroshka se apartó dejándole el paso libre. Guerásim se dirigió al portón. Todos los chiquillos que se encontraban en el patio le siguieron con la mirada silenciosamente. Él ni siquiera volvió la cabeza, y, sólo cuando estuvo en la calle, se puso el gorro. Gavriilo mandó al mismo Eroshka que le siguiera y observara. Vio éste que hombre y perra entraban en un figón y se quedó en la puerta esperando.

En el figón conocían a Guerásim y comprendían sus gestos. Éste pidió un plato de sopa de col con carne y se sentó, apoyándose con las manos sobre la

mesa. *Mumu* permanecía junto a la silla, mirándole tranquilamente con sus inteligentes ojos. Tenía el pelo reluciente. Se veía que acababan de peinarla. Sirvieron el plato de sopa a Guerásim, quien echó en ella unas migas de pan, cortó la carne en trozos menudos y puso el plato en el suelo. *Mumu* empezó a comer con la corrección que le era habitual, casi sin tocar el alimento con el hocico. Guerásim estuvo contemplándola largo tiempo. De pronto, dos pesadas lágrimas brotaron de sus ojos. Una cayó en la abultada frente de la perra; la otra, en el plato de sopa. Se tapó el rostro con la mano. *Mumu* se comió medio plato y se apartó, relamiéndose el hocico. Guerásim se levantó, pagó la comida y salió acompañado de la mirada sorprendida del camarero. Eroshka, al ver a Guerásim, se escondió detrás de la esquina, lo dejó pasar y después volvió a seguirlo.

Guerásim andaba sin apresurarse y sin soltar a *Mumu* de la cuerda. Al llegar a una esquina de la calle, se detuvo, como si vacilara, y luego se dirigió con paso rápido, en línea recta, hacia Krimski Brod. Por el camino entró en el patio de una casa donde se hacían obras y salió con dos ladrillos bajo el brazo. Desde Krimski Brod siguió por la orilla del río hasta llegar a un lugar donde se encontraban dos barquitas atadas a unas estacas (ya las había visto antes), y saltó a una de ellas con *Mumu*. De una barraca que se levantaba en un ángulo de la huerta salió un viejecito cojo y se puso a gritar. Pero Guerásim se limitó a asentir con la cabeza y empezó a remar con tal fuerza que, a pesar de ir contra la corriente, a los pocos instantes se hallaba ya a más de cien brazas de distancia. El anciano permaneció un buen rato en la orilla, se rascó la espalda, primero con la mano izquierda, luego con la derecha, y volvió renqueando a la barraca.

Guerásim siguió remando. Ya quedaba atrás Moscú. Ya se extendían a una y otra orilla prados, huertos, campos, bosquecillos. Ya se veían isbas. Llegaban aires de aldea. Dejó los remos, bajó la cabeza hasta tocar a

Mumu, que estaba sentada frente a él en un banco seco — el fondo de la barca estaba cubierto de agua —, y se quedó inmóvil, cruzando sus poderosos brazos sobre el lomo del animal, mientras que la corriente los iba arrastrando poco a poco en dirección a la ciudad. Por fin Guerásim se incorporó apresuradamente, con una dolorosa irritación pintada en el rostro; ató a un extremo de la cuerda los ladrillos que había cogido, hizo un lazo, lo puso al cuello de *Mumu*, levantó al animal sobre el río y lo miró por última vez... *Mumu* le contemplaba confiada, sin miedo alguno, moviendo ligeramente la colita. Guerásim volvió la cabeza, entornó los ojos y abrió las manos... No oyó nada, ni el rápido gruñido que lanzó *Mumu* al caer, ni el pesado golpe sobre el agua. Para Guerásim, el día más colmado de ruidos resultaba mudo y silencioso como no lo es para nosotros la más silente de las noches. Cuando volvió a abrir los ojos, las breves ondas del agua continuaban avanzando sobre el río, como si pretendieran darse alcance, y batían como antes los dos costados de la barca; tan sólo detrás de la misma, bastante lejos, corrían hacia la orilla algunos dilatados círculos.

No bien perdió de vista a Guerásim, Eroshka regresó a casa y contó lo que había observado.

— Está claro — comentó Stepán —, la ahogará en el río. No hay por qué inquietarse. Cuando él promete una cosa...

Durante el resto de la jornada nadie vio a Guerásim. No comió en la casa. Anocheció. Todos se reunieron para cenar, menos él.

— ¡Qué hombre más raro! — refunfuñaba una lavandera gorda —. ¿Está bien zanganear de esta manera por una perra?... ¡Qué tontería!

— ¡Guerásim ha estado aquí! — exclamó de pronto Stepán, mientras rebañaba la papilla con la cuchara.

— ¿Qué? ¿Cuándo?

— Hará unas dos horas. ¡Sí, hombre! Nos hemos cruzado en el portón. Salía de aquí, del patio. Yo quería preguntarle por la perra; por lo visto estaba de mal

humor y me dio un empujón. Sólo quería que le dejara el paso libre, que no le molestase, pero me dio tal castaña que no os digo nada. — Y Stepán, sonriéndose levemente, se encogió y se frotó la nuca. — Sí — añadió —, tiene una mano que es un encanto, no puede negarse.

Todos se rieron de Stepán, y después de la cena se fueron a dormir.

Entretanto, a la misma hora, por la carretera de T... avanzaba, dando grandes zancadas y sin pararse a reposar, un gigantón que llevaba un saco al hombro y un largo palo en la mano. Era Guerásim. Caminaba rápidamente, sin volver la cabeza. Tenía prisa por llegar a su casa, a la aldea, a su lugar natal. Después de haber hundido a *Mumu* en el río, volvió a su cuartucho, puso algunos objetos en una vieja manta, hizo con ello un hatillo, se lo echó al hombro y emprendió la marcha. Se había fijado muy bien en el camino cuando lo llevaron a Moscú. La aldea de la que lo había sacado la señora se encontraba tan sólo a unas veinticuatro verstas de la carretera. Avanzaba con inquebrantable firmeza, con resolución desesperada y a la vez alegre. Caminaba descubierto el pecho, puestos sus ávidos ojos en la lejanía. Se apresuraba como si su vieja madre-cita lo esperase en la aldea natal, como si lo llamara a su lado después de larga peregrinación por tierras ajenas y entre gentes extrañas... La noche estival, recién llegada, era tranquila y cálida. Por una parte, el lugar en que el sol se había escondido presentaba todavía una franja de cielo clara, levemente teñida por el postrer reflejo del día que se acababa. Por el lado opuesto ya se levantaban las azuladas y canosas tinieblas. De allí salía la noche. Las codornices cantaban en torno a centenares; se llamaban, diligentes, las pollas de agua... Guerásim no podía oírlas, como tampoco podía oír el dulce susurro de los árboles que iba dejando atrás con su recio caminar. Pero notaba el olor, tan conocido, que se desprendía de los sombríos campos de centeno, casi maduro; percibía el viento

que volaba a su encuentro — el viento del terruño — golpeándole el rostro y jugando con los pelos de su barba; veía ante sí el blanquecino camino que llevaba a su casa, recto como una flecha; divisaba en el cielo las infinitas estrellas que lo iluminaban, y avanzaba fuerte y poderoso como un león. Cuando, al amanecer, los dorados rayos del sol saludaron al bravo poco antes tan enfurecido, le separaban ya de Moscú treinta y cinco verstas...

Dos días más tarde llegó a su casa, a su isba, con gran sorpresa de la mujer de un soldado a la que allí habían dado vivienda. Guerásim rezó ante el icono e inmediatamente se presentó al alcalde, quien al principio se quedó muy sorprendido; estaban empezando la siega de la hierba, sabían que Guerásim era un excelente segador y en seguida le dieron una guadaña. Guerásim volvió a los prados, como antes. Los campesinos se quedaban boquiabiertos al ver la amplitud y potencia de los golpes que daba con la guadaña...

En Moscú echaron de menos a Guerásim al día siguiente de su huída. Fueron a su cuartucho y lo revolvieron todo. También acudió Gavriló cuando tuvo noticia de lo que ocurría. Echó un vistazo al pequeño cuarto, se encogió de hombros y dijo que el mudo, o bien había huído o bien se había ahogado junto con su estúpida perra. Dieron parte a la policía, informaron a la señora. Ésta se puso hecha una furia, lloró, mandó buscar a Guerásim costara lo que costara, afirmaba que ella nunca había ordenado matar a la perra, y finalmente dio tal rapapolvo a Gavriló, que el mayordomo se pasó todo el día moviendo la cabeza y repitiendo: «¡Vaya!», hasta que el tío Cola le hizo entrar en razón diciéndole: «¡Vaya, vaya!» Por fin se recibieron noticias de la aldea comunicando que se había presentado Guerásim. La señora se tranquilizó un poco. Al principio pensó ordenarle regresar inmediatamente a Moscú. Pero luego declaró que no necesitaba para nada a una persona tan desagradecida. Poco después murió, y sus herederos no estaban para pensar en Guerásim,

sino que mandaron a trabajar al campo a todos los demás criados de su mamá.

Guerásim vive aún, pobre y sin tierra, en su isba solitaria, robusto y forzado como antes, trabajando por cuatro como antes, y como antes grave y serio. Pero sus vecinos se han dado cuenta de que, desde su regreso de Moscú, ha dejado de tratar a las mujeres y ni siquiera las mira. Tampoco quiere perros en su casa. «Además — comentan los mujiks de la aldea —, suerte tiene que no necesita de mujer, y ¿para qué quiere perros? A su casa no se le acerca un ladrón ni arras-trándolo por los pelos.» Tal es la fama de hercúleo que el mudo tiene.

En Moscú echaban de menos a Guerásim al dis-tinguido de su huida. Eron en un instante y lo re- vieron todo. También echó Gavilo cuando tuvo noti- cia de lo que ocurría. Echó un vistazo al peduño- cruto, se encogió de hombros y dijo que el ruido o- bien había sido o bien se había aborachado junto con su- espaldas por. Dieron parte a la policía, informaron a la señora. Esta se puso hecha una furia, llamó, mandó buscar a Guerásim costara lo que costara, afirmando que ella nunca había ordenado matar a la puta y fi- nalmente dio tal repulsa a Gavilo que el mayor do- no se pasó todo el día moviendo la cabeza y repitién- dose «¿qué?», hasta que el Cónsul no pudo estar en- tónes diciéndole «¿qué?», «qué?». Los señores re- noticias de la aldea comunicando que se había pue- rado Guerásim. La señora se tranquilizó un poco. Al principio pensó que se había equivocado, pero nada más que cuando se dio cuenta de que no necesitaba para nada Moscú. Esto fue lo que ocurrió. Los señores mudos a una persona tan desventurada. Los señores mudos a una persona tan desventurada. Los señores mudos a una persona tan desventurada.